

## Harto de palabras... y de política y de amor

### Poesía reunida

JUAN GUSTAVO COBO BORDA

Tusquets, Buenos Aires, 2013, 324 págs.

INSATISFACCIÓN Y hartazgo, acaso sean las palabras claves en la obra poética de Juan Gustavo Cobo Borda, que recoge este volumen. El libro está subdividido en cinco partes que no coinciden con los títulos de sus obras, como se esperaría acaso de estos títulos: “El animal que duerme en cada uno”; “La musa inclemente”; “Los poetas mienten”; “Cuando papá perdió la guerra” y “Nuevos poemas”. Además, las dos primeras subdivisiones constan, a su vez, de cuatro secciones, numeradas en el segundo caso, y precedidas de números y subtítulos la primera. Esta distribución, hecha con una intención más coherente que la que podría darse en una simple recopilación cronológica, tampoco es fiel al orden propio de cada poemario original, ni reúne la totalidad de sus poemas.

Cobo Borda es autor de más de cincuenta obras cuyo contenido se puede clasificar, en general, en ensayos y poemas. Los primeros casi triplican a los segundos en cantidad y se refieren, sobre todo, a temas literarios y pictóricos. No obstante, aunque el texto de la solapa anterior afirma que el autor bogotano ha publicado solo cuatro libros de poemas, una revisión exhaustiva da cuenta de al menos catorce: *Consejos para sobrevivir* (1974), *Salón de té* (1979), *Ofrenda en el altar del bolero* (1981), *Casa de citas* (1981), *Roncando al sol como una foca en los galápagos* (1983), *Todos los poetas son santos e irán al cielo* (1983), *Almanaque de versos* (1988), *Dibujos hechos al azar de lugares que cruzaron mis ojos* (1991), *Poemas orientales y bogotanos* (1992), *El animal que duerme en cada uno* (1995), *La musa inclemente* (2001), *Los poetas mienten* (2009), *Cuando papá perdió la guerra* (2010) y *Poemas recientes* (2011).

La cotidianidad del amor, en la que el erotismo ocupa un importante lugar; el desencanto patriótico-político y la misma poesía son los temas recurrentes del autor, aunque también evoca, con menor frecuencia, figuras hogareñas (abuelo, padre, madre,

hija) y recrea verbalmente famosas pinturas. Sin embargo, en este último caso, los cuadros elegidos pueden entenderse como variantes del tema amoroso, como suelen indicar los títulos mismos: “Venus y Adonis”, “Venus con el organista”, “Desembarco en Citera”.

Con respecto a la poesía, la actitud del poeta se define entre una concepción sagrada de su esencia y un descreimiento de su oficio. Fascinación por lo que ella representa idealmente y frustración ante la dificultad de alcanzar altos y particulares resultados en su ejercicio. Aparte de reiterarlo en prácticamente todas las secciones del libro, que comprende cerca de cuarenta años de trabajo, así lo expresa de manera concreta tanto en un texto publicado en uno de sus primeros poemarios, *Deberes del poeta*, como en “La actriz y el poeta”, de su libro *La Musa inclemente*:

comprobar el nacimiento del  
asombro [...] No tenerle miedo a la  
palabra ternura [...] Constatar / los  
vertiginosos cambios de los senti-  
mientos, / la premurosa carrera de  
todo hacia el olvido, / el inhóspito  
desierto de los días carentes de fibra  
[...] Jugar para que el hombre no se  
pudra. // Podría también callar / de  
modo definitivo y profundo [*Debe-  
res...*, págs. 90-91].

El poeta debe sostener lo que se  
fuga inexorable cada día y convertir  
la resta en suma.

Se lamenta de ser solo él mismo:  
trivial, rutinario, previsible  
[“La actriz y el poeta”, pág. 221].

En algunos casos, hay que reconocer la frustración del autor. Por ejemplo, el verso citado: “Constatar [...] el inhóspito desierto de los días carentes de fibra”, se percibe muy recargado tanto por el epíteto, “inhóspito desierto”, como por la metáfora: “de los días carentes de fibra” (¿no es extraña, en el contexto del poema, la asociación de la fibra con los días?: ¿qué clase de fibra puede haber en un día?) y a lo mejor suprimirlo hubiera creado un mejor efecto en este poema, por demás, hermoso en su tema y en su ejecución.

También ocurre en el poema “Para responder lo que dijo tu amiga” [pág. 98], que, no obstante las cinco estrofas

que lo conforman, es rotundo y completo en la primera:

No te merezco, como es obvio,  
pero ¿quién merece el sol  
o el agua?  
Nadie merece el milagro,  
pero este llega inexorable.

Otro tema persistente en la obra de Cobo Borda es lo que he denominado desencanto patriótico-político. *Poesía reunida* se abre, en efecto, con la parodia del poema con el que Rubén Darío elogió a nuestro país: “Colombia es una tierra de leones”, que, lógicamente como parodia que es, empieza con unos versos significativamente opuestos: “País mal hecho / cuya única tradición / son los errores [...]”. Hay que decir que uno de los méritos que tiene la poesía de Cobo es el manejo de la ironía, de la que prescinde apenas en contadas excepciones que lo ameritan, como cuando homenajea a sus seres queridos (¿madre, padre?):

Solo quienes cumplen con su deber  
amar con ganas, sonreír ante lo  
inevitable  
lograrán que no haya más sangre  
enturbando esta tierra de gracia  
[En tu nombre y por tu causa,  
pág. 96]

Lo común, sin embargo, como ya se ha visto, es la presencia de la crítica, que adquiere, al referirse a nuestras frustraciones nacionales encarnadas en nuestros líderes de pacotilla con ínfulas napoleónicas, la dimensión del acre sarcasmo y del abierto y decepcionado cinismo:

Se irguieron fatuos sobre sus  
caballos  
pero eran tan provincianos  
que ni siquiera alcanzan relieve  
sobre su parcela, su tierrita, su nada  
[Apático de patria, pág. 309]

Texto este último que podría entenderse como un epílogo de “La patria boba”, otro de sus poemas más conocidos de la década del ochenta:

Sucios y ojerosos, allí van los  
libertadores.  
Derregados sobre los mulos,  
barbados,  
sacudidos por la fiebre y la malaria,  
chapotean entre los charcos.  
Se dirigen hacia los empréstitos.  
Van en pos de vales y libranzas.

RESEÑAS		POESÍA
<p>Allí van igualmente los reclutas. Marchan con las manos atadas por temor a que se escapen. Solo se les darán los rifles al llegar al campo de batalla. Allí van los próceres.</p> <p>Irónicamente, aunque desde esa especie de torre de marfil que constituye la cultura entendida como uno de los servicios que el Estado debe proteger, Cobo Borda se ha desempeñado buena parte de su vida en cargos burocráticos oficiales de nuestra patria boba. Esta condición le ha permitido concretar proyectos y satisfacciones, como la de haber sido el director de colecciones literarias que han incidido en la formación de las últimas generaciones colombianas y, por otra parte, lo ha convertido en un cosmopolita que se ha dado el lujo de concebir buena parte de sus poemas en países como Japón, China, Grecia, Italia o España.</p> <p>Quizá, sin embargo, el tema más frecuentado en la poesía de Cobo Borda es el amor, casi siempre asumido desde una visión desmitificadora que, a pesar de ello -es inevitable por el mismo tópico- cae a veces en la cursilería: “Ah las pobres palabras / suficientes apenas para decirte / que te amo” [“Combate”, pág. 243]. No obstante, lo que domina al respecto, como en el resto de su poesía ya reseñada, es cierta prevención tanto literaria como real:</p> <p>Tan pesada la solitaria carga del amor Tan brutal la realidad.</p> <p>Escinde a los amantes y los lleva a ser devorados por la calderilla del gasto diario [“Sosteniendo el mundo”, pág. 108]</p> <p>O, Matrimonios que cuentan apenas los días que faltan para el desenlace en sus ojos el odio se adormece. Ahora solo restan las disputas acerca del dinero para edificar la nueva celda. [...]</p> <p>De esta mugre no brota ningún verso [“Conyugal”, pág. 124]</p> <p>La imposibilidad de que la poesía se manifieste plena en medio de “esta mugre”, en este y los demás asuntos</p>	<p>esenciales de la poesía de Cobo, es una marca de toda su obra, signada, como ya se dijo, por la insatisfacción y el hartazgo de una experiencia en la que casi siempre termina imponiéndose la decepción. De ello da cuenta el lenguaje utilizado que, a pesar de la erudición del autor, está conformado desde los primeros hasta los últimos poemarios de palabras más bien cotidianas, para evitar su ligamen a la poesía convencional y ya gastada. Sin embargo, el recurso característico de la ironía, por su propia naturaleza, nos muestra, paradójicamente, la fe en las tres instancias de los tópicos fundamentales que hemos resaltado (el amor, la poesía, la patria).</p> <p>Sobre todo, el amor, que suele desmitificarse en las miserias de la vida conyugal, se asume plenamente en su aspecto pasional y sexual. Cobo Borda, en efecto, como un típico poeta moderno, ha hecho del cuerpo femenino una religión: “Me gustas cuando hueles, mía, / y el abrirte deslumbrado beso esa luz, oscura” [“Profesión de fe”, pág. 240]. En la mujer, cuyo ser recoge las contradicciones hipócritas del mundo social, está también el refugio, la única y la última esperanza, a la que, al mismo tiempo se ama y se teme en su extraordinaria capacidad de entrega al goce. Un excelente poema representativo es el denominado “Fiebre”, una declaración de amor absoluto al género, en la que perviven, sin embargo, las prevenciones temerosas y características del orden patriarcal:</p> <p>Tengo la cabeza llena de mujeres. Todas locas. Todas desesperadas por envolverse en la música y bailar hasta el alba. Por fuera, la discreción de la forma. Por dentro, las más inconcebibles villanías con tal de hamacarse en la dicha. Me estallan las venas al pensar en cuanto sugieren como riendo, como jugando con fuego, y siempre una puerta abierta para revolcarse felices en el lodo y salir por otra, la cabeza en alto, indemnes y puras como una magnolia. Brujas, todas ellas, dichosas rumbo al aquelarre [pág. 235]</p>	<p>La obra poética de Cobo, claro, evidencia en sí misma las tradiciones literarias que la alimentan y que incluyen explícitamente a César Vallejo y Borges, a Baudelaire, Kavafis, Onetti... Y, en el caso de la poesía colombiana, a José Asunción Silva y Aurelio Arturo. Otro autor significativo en ella y no referido en los poemas es el mexicano José Emilio Pacheco, reconocido amigo del autor. Con este comparte, sin duda, su opción poética por el lenguaje cotidiano y su deliberada elusión de lo convencionalmente poético.</p> <p>Este poeta “hartado de palabras”, “De su pegajosa red / de banalidades y bobadas” [pág. 216], puede así suscribir la famosa frase de Flaubert, también saturada del hartazgo de nuestra mala educación sentimental: “Madame Bovary soy yo”. Lo que dice literalmente el poema “Madre soltera piensa en su hija” [pág. 269], puesto también en boca de una mujer, puede resumir al mismo tiempo las insatisfacciones de Cobo Borda y su fascinación no solo por el amor, sino por la misma poesía y por los tristes avatares de nuestra patria:</p> <p>Qué terquedad maligna en la memoria o cuán dulce persistencia cuando el rostro de la hija deja traslucir, cada día de modo más nítido, el rostro del padre fugitivo.</p> <p>No es posible borrar esa ceguera feliz estropeada luego por temor, cobardía, juzgados y recriminaciones estúpidas [...] Solo resta mirar a los ojos el nuevo huracán que sacude y acudir temprano a la impostergable cita.</p> <p style="text-align: right;"><b>Antonio Silvera Arenas</b></p>